

La Otra Fuga

Lo que la Crisis se Llevó

POR LORENZO MEYER

ANTES del sismo (cuando había un sentido distinto del humor en el gobierno), el regente de nuestra ciudad sugirió a aquellos ciudadanos que estuvieran descontentos con su situación en México, que se fueran. Creó que tal invitación era innecesaria.

Los mexicanos que se han ido —y se siguen yendo— son de varias clases, y en prácticamente todos los casos, como sociedad, salimos perdiendo con su salida.

Para empezar, están los tradicionales, los que se van a trabajar como braceros, documentados o no. Desde hace mucho —por lo menos medio siglo— hay quienes ven en la salida de estos millones de mexicanos jóvenes y trabajadores —tienen en promedio treinta años, una motivación alta y una cierta educación formal—, una pérdida neta para el país.

★

ES verdad que las remesas de sus dólares sirven a sus familias y al país, pero también es verdad que cuando fueron carga —desde la cuna hasta su edad adulta— México los mantuvo y los educó, y resulta que cuando son productivos se van a un país que nada invirtió en ellos. Y los especialistas sospechan que van en aumento los que salen para ya no volver, de ellos ya no se pueden esperar ni remesas. Hay aquí una transferencia neta de recursos de México a Estados Unidos, transferencia no agradecida por los estadounidenses pero que, dada nuestra situación, resulta inevitable.

A la salida de braceros estamos acostumbrados —desgraciadamente— pero ahora ellos tienen una inesperada compañía. Cuando estalló la Revolución Mexicana, muchas familias acomodadas cruzaron la

frontera con sus capitales y se instalaron en las ciudades fronterizas. Ahora, sin revolución pero con crisis, se vuelve a repetir el fenómeno.

En una visita a la Universidad de California en Estados Unidos, me enteré que nada más en San Diego hay alrededor de 300 familias mexicanas cuyo

capital —que sacaron de México entre 1976 y 1982— oscila, en promedio, entre los dos y los cuatro millones de dólares. ¿Cuántos más habrá en Texas o en Miami? Estos *golden Mexicans* se llevaron su capital, su capacidad empresarial y sus proyectos a Estados Unidos. Todo indica que han tenido éxito como empresarios allá y que, por tanto, es muy difícil que regresen, excepto como visitantes. A estos ricos que se van, es difícil tenerles simpatía —eran mexicanos sólo en las maduras, pero no en las duras—, pero ello no impide ver que hubiera sido mejor que se hubiesen quedado.

★

PERO la lista no termina aquí. Hay, además, los mexicanos “de en medio”, los que se marchan a Estados Unidos, no a trabajar con las manos ni tampoco a invertir los pesos que antes cambiaron en dólares, sino a ofrecer sus conocimientos. Es la salida de miembros de la élite académica y profesional. Se trata de personas con maestrías o doctorados en universidades mexicanas y extranjeras, capaces de competir con sus iguales en Estados Unidos, y que reciben allá sueldos imposibles de pagar en México (30 a 50 mil dólares al año, por lo menos). Lo triste del caso es que la educación de estos mexicanos con título profesional fue financiada con recursos mexicanos, incluso cuando fue hecha en universidades extranjeras, las becas del Co-

nacyt son ejemplo de ello. No sé cuántos “cerebros” se hayan ido, pero hay indicios de que son más de los que sería deseable. Estados Unidos tiene una cuota de dos mil visas anuales para mexicanos de este tipo; en los años anteriores a la crisis esta cuota no se cubría, ahora hay lista de espera. Ya no es raro entre la comunidad científica mexicana saber que algún colega ha pedido licencia para irse a una universidad extranjera con ánimo de no volver.

En fin, nuestra sangría no es sólo de capital en dólares, sino también de capital humano. Por lo tanto, ya no invitemos a nadie a salir, menos desde el gobierno y ni siquiera a aquellos por los que no sentimos simpatía alguna. Cada mexicano que deja de trabajar aquí es un golpe a nuestro proyecto como nación. Los que se van ganan, los que nos quedamos perdemos.